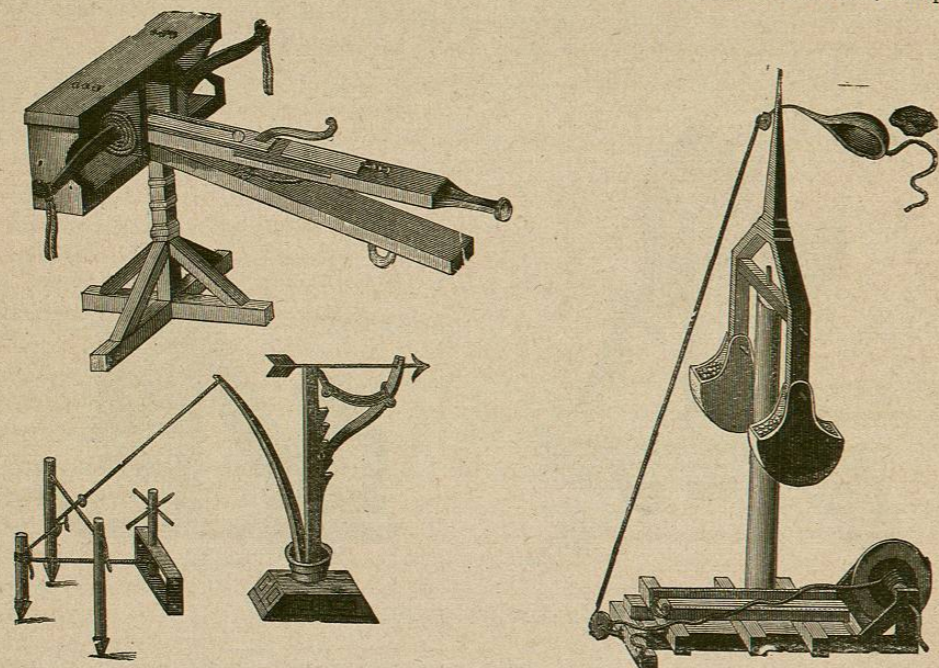


El 4 de julio los dos reyes, reunidos en Vezelai, renovaron sus testimonios de amistad y juraron repartirse amigablemente todas las conquistas hechas en Tierra Santa. Descendiendo el valle del Saona y del Ródano, atraviesan este río en Lyon por un puente que se desloma en cuanto les ha dado paso. Mujeres y doncellas de los países ribereños acuden al paso de los cruzados con fuentes y canastillos, y les ofrecen á lo largo del camino víveres y refrescos. El entusiasmo es general y ambos reyes parecen compartirlo. Pero tienen que separarse para embarcarse. A Ricardo aguardaban sus



Máquinas para lanzar flechas y piedras

barcos en Marsella. Felipe se había entendido con los genoveses para procurárselos. Llegado á Génova, cae enfermo en ella: Ricardo viene á verle, conferencia con él y le ofrece un suplemento de tres galeras. Felipe deseaba seis, y creyéndose humillado al no alcanzar lo que pedía, lo rechaza todo. Su armonía vuelve á estar amenazada. Finalmente, cada cual se embarca y se dirige á Sicilia por caminos diferentes; Felipe, en línea derecha, llega á Mesina (16 de septiembre); Ricardo tarda una semana todavía en reunirse á los franceses (21 de septiembre).

En esta primera etapa del camino debían detenerse un poco más de seis meses. ¿Temían, al acercarse el invierno, la travesía del Mediterráneo? ¿Se proponían esperar en Mesina que las operaciones de aprovisionamiento y la concentración de tropas cristianas hubieran terminado? Es raro que Felipe Augusto pasara más tiempo en Sicilia, donde nada tenía que hacer, que en Oriente, donde los cristianos le necesitaban. Por otra parte, comenzaban á manifestarse los peligros de dejar dos ejércitos inactivos y uno al lado del otro.

Los marineros ingleses mostráronse insoportables y agresivos en perpetua querrela con los habitantes de Mesina y con los marineros genoveses y pisanos. Ricardo les apoyaba con su arrogancia habitual. Transcurridos aún muy pocos días de su llegada, los de Mesina se sublevaron contra él y Ricardo dió á sus tropas la

orden de tomar por asalto la ciudad en que el rey de Francia y numerosos cruzados recibían hospitalidad. Felipe hizo lo posible por restablecer la paz entre ingleses y sicilianos y se opuso con razón á que Ricardo hincara su bandera sobre los fuertes, tratando á Mesina como ciudad conquistada.

Tornaba el rey de Inglaterra á inquietar é irritar al rey de Sicilia, Tancredo de Leccia, á riesgo de perjudicar al ejército expedicionario, que tenía grande necesidad de él. Reclamaba la viudedad de su hermana Juana, viuda de Guillermo *el Bueno*, compuesta de tie-

rras, un condado de que Juana había sido dueña única, una mesa de oro, una silla de oro, una tienda de seda lo bastante capaz para abrigar doscientos caballeros, veinticuatro copas de plata, sesenta mil medidas de trigo, cebada y vino, y cien galeras con víveres para dos años. Apoyándose en el tratado de paz de 11 de noviembre de 1190, Tancredo se limita á dar al rey de Inglaterra 40.000 onzas de oro para zafarse á toda reclamación, y consiente en casar una de sus hijas con un sobrino de Ricardo, el pequeño duque de Bretaña, Arturo.

Después de hacerse odioso á los sicilianos, no se entendía Ricardo mejor con los franceses. Un día que se batía en broma á golpes de caña con uno de los más bizarros caballeros de Felipe Augusto, Guillermo des Barres, recibió algunos puñetazos. Furioso exigió que su adversario saliera de Sicilia. El rey de Francia se mostró conciliador hasta el punto de ir á su tienda á suplicarle que perdonara á Guillermo des Barres. Poco á poco llegaron los soberanos á más graves complicaciones. Felipe echó á Ricardo en cara el no casarse con su hermana Alix, á despecho de la palabra dada, y Ricardo hizo venir á Sicilia una nueva prometida, Berenguela de Navarra. Parece que probó al rey de Francia que su hermana había sido deshonrada por Enrique II cuando la guardaba á su lado en Inglaterra. Felipe no insistió, pero se cobró el desquite, soliviantando con-

tra el rey de Francia las desconfianzas de Tancredo.

Las crónicas inglesas le acusan de haber conspirado con el siciliano para la destrucción de Ricardo y de su ejército. Por lo menos es cierto que los dos reyes se vieron obligados en plena peregrinación á firmar un tratado de paz, igual que si continuaran guerreando en Francia. Por acta concluída en Mesina (marzo de 1191) Ricardo acordaba á Felipe 10.000 marcos, prometiéndole que á su regreso de Jerusalén volvería á ponerle en posesión de su hermana Alix, haciéndole entrega de su dote, la ciudad de Gisors. En cambio recobraba su

Felipe Augusto en marcha.
(Del códice *De passagiis in Terram Sanctam.*)

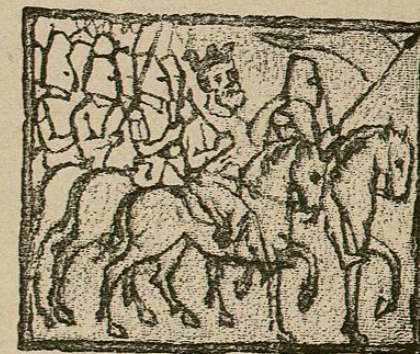
libertad de acción y el derecho de casarse á voluntad. Era ya tiempo de que los cruzados abandonaran la Sicilia. Felipe partió el 30 de marzo y desembarcó el 20 de abril en San Juan de Acre. Ricardo tardó todavía un mes en unírsele. Por el camino se había distraído conquistando la isla de Chipre. Los marineros ingleses, gente práctica, habían comprendido que una isla tan bien colocada, excelente depósito para armamentos y vituallas en sus operaciones de Siria, era buena de tomar y conservar.

Hacia ya más de dos años que un ejército cristiano sitiaba San Juan de Acre. La plaza estaba defendida por la flor y nata de las tropas musulmanas. Saladino, que acampaba no lejos de allí, atacaba de cuando en cuando á los sitiadores, pero no había conseguido hacerles desistir. Mas tampoco ellos conseguían entrar en la ciudad. En Arce se moría de sed; los cristianos alrededor morían de hambre, pero ni unos ni otros desistían. Cada día los latinos crecían con bandadas de peregrinos venidos de Europa; los que sucumbían eran inmediatamente substituídos por cruzados nuevos, vanguardia de los grandes ejércitos reales que se esperaban. Eran Felipe de Alsacia, el conde de Flandes; luego el obispo de Beauvais, Felipe de Dreux, primo de Felipe Augusto, y el conde de Champaña, Enrique II, y finalmente, los caballeros alemanes que habían sobrevivido al desastre de Barbarroja en el Asia Menor.

Los defensores de Acre, que no recibían refuerzos, se habrían visto obligados á rendirse, si, como siempre, los príncipes cristianos de Siria no hubieran estado divididos en facciones irreconciliables. Al rey de Jerusalén, Guido de Lusignán, desacreditado por su rota de Tiberiades, se oponía el marqués de Montferrat, Conrado, que aspiraba á ocupar su sitio. En la espera, se había creado una especie de principado y vivía ence-

rrado en Tir para no hacerse el auxiliar de su rival.

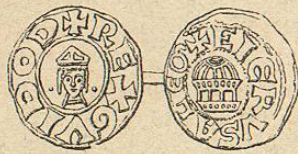
Felipe y Ricardo cayeron en medio de los odios violentos y de las intrigas de los dos partidos con los cruzados de Occidente y con Saladino: como ellos mismos no estaban en grande armonía, hicieron causa el rey de Francia por Montferrat y el rey de Inglaterra por Lusignán. La situación se complicó más con las rivalidades de los marineros italianos que obraban de acuerdo con los cruzados, ó por mejor decir, les explotaban. Los genoveses se declararon por Felipe, los pisanos por Ricardo. Sin embargo, los dos reyes se avinieron para dar un vigoroso impulso á las operaciones militares. Constrúyense y colócanse en batería nuevas máquinas de guerra: batallones de mineros zapan las murallas, y por dondequiera que se abre una brecha se intentan los asaltos. Uno de los reyes dirige el asalto, mientras el otro guarda el campo y hace frente á las tropas de Saladino. Pero nada es suficiente. El enemigo incendia las máquinas de los sitiadores, y sobre todo las de Felipe, muy mal defendidas. Los asaltos de los franceses son rechazados, y Felipe pierde en ellos un hombre bravo, su mariscal, Aubri Clement, muerto sobre la brecha, y sus mejores caballeros. Cae enfermo Ricardo, finalmente, de una enfermedad que le hace perder los cabellos y saltar la piel. Entre ambos soberanos, agraviados por estos infortunios, por las dificultades del sitio, por las excitaciones de los bandos en lucha, vuelven á comenzar las sordas hostilidades. Felipe disponía de menos fuerzas que Ricardo; tenía seis barcos solamente; sus operaciones de guerra acababan casi siempre mal. Se fué mostrando cada vez más envidioso de aquel compañero de armas que derramaba el oro á manos llenas y aterrorizaba á los musulmanes con sus proezas. Le pareció mal que Ricardo conservara Chipre para sí solo y le recordó que se habían obligado á dividir sus conquistas. «Las conquistas llevadas á cabo en común

Ricardo Corazón de León en marcha.
(Del códice *De passagiis in Terram Sanctam.*)

y sobre los musulmanes en Tierra Santa, respondió Ricardo; pero nada tenéis que ver con ésta que yo solo he terminado.»

Ignórase cómo hubiera acabado este nuevo pleito si los sitiados no se hubieran resignado á capitular (13 de julio de 1191). Los dos reyes se dividieron por la mitad exactamente los prisioneros, el botín y la ciudad. Era, sin duda, grande hazaña haberse apoderado de una plaza tan importante como San Juan; pero quedaba todavía Jerusalén, y Saladino no se había rendido: la cruzada estaba en sus comienzos todavía.

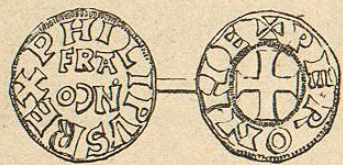
Este momento preciso escogió Felipe Augusto para abandonar la empresa. El 22 de julio envió sus principales barones al rey de Inglaterra para participarle su resolución, haciéndole saber que estaba enfermo y que si no partía, moriría. Nada logró alterar su decisión, ni las plegarias de sus caballeros, ni los clamores de los ingleses, ni los sarcasmos de Ricardo. Mientras todos los cristianos tenían los ojos fijos en Jerusalén, él no pensaba más que en la herencia del conde de Flandes, muerto en el sitio de San Juan de Acre. Su pensamiento se recreaba en el Artois y el Vermandois, que volvían



Dinero de Guido de Lusignán

a ser de su pertenencia por esta sucesión. Ya desde hacía un mes había escrito á los nobles del distrito de Peronne para anunciarles que la muerte del conde de Flandes hacía reingresar esta villa en el dominio real y les conminaba á prestar juramento de fidelidad á sus agentes. Finalmente, preveía que si entraba en Francia antes que su rival, podría aprovecharse de la ausencia de Ricardo para crearle serias dificultades y hacer tal vez alguna presa afortunada.

Dejó á Ricardo un buen golpe de su ejército, diez mil caballeros, al mando del duque de Borgoña; pero habíale dado á éste órdenes secretas limitando el servicio que las tropas francesas debían prestar al rey de Inglaterra. Igualmente se dió buena cuenta de tomar á sueldo los caballeros alemanes que estaban en Tierra Santa, y de pagar sus deudas, para disminuir más el número de partidarios de Ricardo. Este, antes de que Felipe se embarcara, le obligó á jurar sobre el Evangelio que no abusaría de su ausencia para crearle entorpecimientos en tierra francesa, y que, por lo contrario, «protegería el territorio de los hombres y de la dominación de Anjou con igual cuidado que pondría en defender su propia villa de París.» Felipe juró todo lo que quiso, pero Ricardo no quedó engañado. El mismo día en que exigía este compromiso solemne escribía á su



Moneda de Felipe Augusto. (Peronne.)

banquero de Pisa para que satisficiera las deudas á los jefes de sus tercios encargados de defender sus provincias continentales.

El 25 de diciembre de 1191, Felipe Augusto celebraba la Navidad en Fontainebleau «sano y salvo,» dice despreciativamente un inglés, y «envaneciéndose impudentemente de poder invadir muy pronto los dominios del rey de Inglaterra.»

La cruzada había puesto de relieve la diferencia de carácter de entrambos soberanos: su incompatibilidad de humor y la divergencia de sus miras ambiciosas. Las

equivocaciones, es cierto, estuvieron de ambas partes. Por parte de Ricardo, la altanería, la petulancia, un temperamento quisquilloso que sembraba á su alrededor odios y enemistades: por parte de Felipe, las preocupaciones de interés personal y una envidia patente de la índole más mezquina.

V.—El cautiverio de Ricardo. La guerra de 1194-1199 (1)

Felipe Augusto invirtió unos cuatro meses en regresar á Francia. Costeó el Asia Menor, se detuvo en Rhodes, en Corfú, atravesó toda la Italia y salvó los Alpes por la Maurienne. Pero durante el camino supo aprovechar el tiempo. En Roma, si hemos de prestar crédito á los partidarios de Ricardo, intentó hacerse dispensar por el papa del juramento que de respetar sus dominios había hecho al rey de Inglaterra. Pero se atrevió á dirigir tal demanda al protector de los cruzados, al jefe de la Iglesia, al vigía de los reglamentos internacionales?

Es cierto que Felipe conferenció con el emperador Enrique VI en Milán. En Sicilia, Ricardo había firmado un tratado con Tancredo de Leccia, á quien disputaba Enrique VI el reino normando. El emperador se avino, pues, muy fácilmente con Felipe Augusto contra el enemigo común. El rey de Francia se preparaba de este modo á la guerra contra su compañero de peregrinación. Hasta en Siria le hacía daño, pues las tropas francesas que dejó á la disposición de Ricardo le secundaron muy mal y la oposición latente del duque de Borgoña contribuyó con seguridad al mal resultado de la empresa. A pesar de sus éxitos y victorias parciales, el héroe de la cruzada no obtuvo jamás un resultado decisivo y no pudo tomar Jerusalén.

En Francia se inauguraba entonces contra él una campaña de calumnias, y Felipe sembraba á su alrededor los más odiosos rumores sobre los sentimientos de Ricardo. Se hablaba insistentemente de su inteligencia secreta con Saladino. Si el rey de Francia había abandonado antes de hora la Tierra Santa, gravemente enfermo, era porque el inglés había tratado de envenenarle. El asesinato de Montferrat, acuchillado por los musulmanes (abril de 1192), era un golpe meditado entre el rey de Inglaterra y un cabecilla de fanáticos apellidado *el Viejo de la Montaña*. Finalmente, Ricardo había sobornado asesinos de esa misma secta para que fueran á matar á Felipe Augusto en el propio París, en medio de los suyos. El monje Rigord pretende que para defender su vida amenazada, Felipe tomó desde entonces la costumbre de hacerse vigilar noche y día por dos sargentos armados de mazas. La intención era

(1) OBRAS DE CONSULTA.—H. Bloch, *Forschungen zur Politik Kaiser Heinrichs VI in den Jahren 1191-1194*, 1892. Teche, *Kaiser Heinrich VI*, 1867. Wissowa, *Politische Beziehungen zwischen England und Deutschland bis zum Untergange der Staufer*, 1889. Scheffer-Boichorst, *Deutschland und Philipp II*, en el tomo VIII de los «Forschungen.» Giraud, *Le Comte-Evêque* (Philippe de Dreux, évêque de Beauvais), en la «Bibliothèque de l'Ecole des Chartes,» tomo III, 1841. El mismo, *Mercadier, les routiers au XIII^e siècle*, ibid. Boissonnade, *Les comtes d'Angoulême, les ligueurs féodales contre Richard Cœur-de-Lion et les poésies de Bertrand de Born*, en los «Annales du Midi,» 1895. Pirenne, *Histoire de Belgique*, tomo I, 1900.

hacer jugar al rey de Francia papel de víctima y justificar de antemano la agresión que meditaba.

Esperó, sin embargo, más de un año antes de comenzar el ataque. Le era preciso preparar dinero, armamentos y alianzas. Estaba, por otra parte, ocupado en recoger la parte de herencia flamenca que se le devolvía. Parla-menta con los diferentes herederos, instala el poder real en el Vermandois y el Artois, reorganiza las relaciones de su gobierno con el clero y las ciudades, y concede privilegios á los nuevos súbditos para obligarles á aceptar su dominación. Súbitamente le llega de Alemania un rumor extraño conducido por la carta de su aliado Enrique VI. Ricardo ha abandonado Tierra Santa, y á través de una serie de aventuras novelescas ha caído en las manos del duque de Austria, Leopoldo, de quien había arrojado el estandarte al polvo ante los muros de San Juan de Acre. Una ocasión única, inesperada, se le ofrecía de esta manera á Felipe, que no tenía alma lo suficientemente caballeresca para dejársela escapar.

Todo nos lleva á creer que obligó al emperador Enrique VI á que se hiciera entregar por Leopoldo al rey de Inglaterra. Este arreglo procuraba á Enrique la ventaja de vengarse de un hombre que era aliado de sus enemigos y de cobrar por el prisionero un gran rescate. Felipe salía todavía ganando más. Podía, á su elección y sin peligro, entenderse con Juan *Sin Tierra*, que muy á gusto hubiera aceptado el sitio de Ricardo, sublevar el feudalismo de Aquitania y apoderarse de Normandía. En todo caso, es lo cierto que luego que el duque de

1193 Austria abandonara su prisionero al emperador (febrero de 1193), una embajada francesa dirigida por el arzobispo de Reims, Guillermo, llegaba á tierras de Enrique VI. Felipe Augusto pedía que se le entregara á Ricardo ó que Alemania aceptara el compromiso de prolongar su cautiverio indefinidamente. Ya por entonces había invadido la Normandía; tomó Evreux, el Vaudreuil, Gisors, todo el Vexin y aun amagó un golpe sobre Ruán. Pero la ciudad estaba bien defendida, y Felipe, no atreviéndose á dar el asalto, se retiró.

Como desquite, sus negociaciones con el conde de Flandes Balduino VIII y con los principales señores del Poitou y de la Saintonge tuvieron un éxito completo, y obtuvo además de Juan *Sin Tierra* un tratado secreto que le otorgaba la Normandía al Norte del Sena, salvo Ruán, el Vexin entero con Gisors y Verneuil, la ciudad de Tours, la fortaleza de Loches y las señorías de Amboise y Montrichard. Juan se obligaba á prestar homenaje al rey de Francia por todos sus feudos del continente y á cumplir exactamente con todos los servicios feudales.

Pero, en Inglaterra, el gobierno interino, presidido por la vieja Alienor, á quien auxiliaban los arzobispos de Cantorbery y de Ruán, desaprobó todas las intrigas de Juan y le consideró rebelde. Desde mediados de 1192 Felipe Augusto adquirió la certidumbre de que el emperador llevaba la intención de libertar al cautivo. Una conferencia debía reunirse en Vaucouleurs al rey de Francia y á Enrique VI; pero no tuvo lugar. En la dieta de Worms (28 de junio) vióse al prisionero discutir abiertamente, y casi cordialmente, con el emperador las condiciones de su libertad. Enrique VI verificaba un juego de balanza dando esperanzas al uno y al otro rey. Muy ambicioso, imbuído como su padre, y más que su padre

Federico Barbarroja, de ideas quiméricas, soñaba con subordinar al Imperio las potencias de Francia é Inglaterra para tratarlas como vasallas. Tuvo por un momento la singular ocurrencia de abandonar á Ricardo el reino de Arlés, en donde los alemanes no conseguían hacerse obedecer, nombrándole vicario del Imperio; y así el Plantagenet se convertía en alto funcionario de la corona germánica. Diversas razones llevaban, por lo demás, á Enrique VI á entenderse con su prisionero: la necesidad de hacerse suyos los enemigos interiores del Imperio, los príncipes del partido güelfo, sobre los que Ricardo podía mucho; las instancias reiteradas de la reina Alienor y del clero inglés, y finalmente la presión



Bracteado con la figura ecuestre de Federico Barbarroja

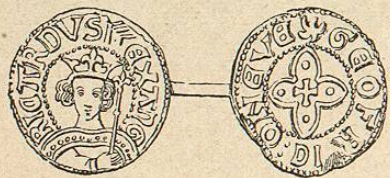
de la opinión cristiana y del papa, cada día más simpáticos al glorioso adversario de Saladino.

Sin embargo, el emperador quería obtener el mayor rescate posible. El 20 de diciembre de 1193 anunció que el prisionero sería puesto en libertad el 17 de enero del año siguiente. Llegaron entonces á Spira los embajadores de Felipe Augusto y de Juan *Sin Tierra*, encargados de proponer el más odioso y cínico de los negocios. Felipe ofrecía 50.000 marcos y Juan 30.000 si se retenía á Ricardo prisionero hasta San Miguel (septiembre). Añadían 1.000 marcos por mes de prisión más allá del término fijado. Desembolsaban 150.000 marcos de un golpe si el prisionero les era entregado. Enrique VI no pareció indignarse lo más mínimo. El 2 de febrero de 1194, ante la dieta reunida en Maguncia y ante el mismo Ricardo, se leyeron las cartas que contenían las proposiciones de Felipe Augusto y Juan *Sin Tierra*. Abrumado Ricardo, suscribió á todas las condiciones que el emperador le impuso. Resignóse á reconocer á Enrique VI por su soberano y á este precio abandonó la prisión. Felipe, se dice, escribió á Juan: «Guardaos vos ahora, el diablo está suelto.» Y Juan se apresuró á ponerse en seguridad al lado del rey de Francia. «Mientras tanto, escribe el historiador Guillermo *el Mariscal*, corrió por Inglaterra la noticia de que el rey iba á ser puesto en libertad mediante rescate. Sus enemigos se afligieron y sus amigos se regocijaron. Tuvieron que derrocharse 100.000 libras antes de que el soberano fuese libertado. Los altos dignatarios del país se impusieron grandes cargas y se comprometieron voluntariamente. Se echó mano de un quinto de los bienes muebles: igualmente se utilizaron los collares de oro y de plata. Ni dejaron de dar una grande prueba de abnegación los que enviaron sus hijos como rehenes para que el rey

saliera de su prisión. Este les quedó soberanamente agradecido. Y envió á su pueblo, en Normandía y en Inglaterra, cartas llenas del testimonio de su reconocimiento.

El 20 de marzo desembarcaba Ricardo en Sandwich; tres días después entraba en Londres y se apresuraba á pasar á Normandía para socorrer el Verneuil que sitiaba Felipe. Si hemos de creer á Guillermo *el Mariscal*, los normandos le acogieron con entusiasmo. «No podía avanzar sin encontrarse al paso con tal opresión de gentes manifestando su alegría por danzas y rondas, que no hubiera podido echarse una manzana sin que diera sobre alguno antes de tocar en tierra. Por todas partes sonaban campanas: viejos y jóvenes iban en procesión, cantando: Dios ha venido con su poder; bien pronto escapará el rey de Francia.»

La guerra debía durar cinco años, con una continui-



Moneda de Ricardo Corazón de León

dad y una intensidad raras en aquella época (mayo de 1194 á abril de 1199). Las treguas fueron cortas y casi siempre violadas por ambas partes. El dinero jugó en ella un papel capitalísimo. Un contemporáneo ha dicho con razón que todo se reducía, en suma, al combate de la libra esterlina contra la libra tornesa. Ricardo, más rico, pudo movimentar aquellas legiones de vagabundos, aventureros de saco y cuerda, pero capaces de cierta disciplina y acostumbrados á despacharse prontamente en la faena de incendios, pillajes y degollinas que constituían entonces el fondo de la guerra. Mandaban á estos mercenarios ingleses tres jefes de banda, azote de clérigos y paisanos, Louvart, Algais y Mercadier.

Particularmente este último, amigo y compañero inseparable de Ricardo, fué para los franceses un adversario terrible. La rapidez con que se trasladó de Aquitania á Bretaña y de Bretaña á Normandía es prodigiosa. Este soldado se convierte en propietario castellano, y cuando descansa en su señoría, protege como todo señor que se respeta los rústicos pecheros y los monjes del contorno. Es bienhechor de la abadía de Cadouin. Cándidamente se jacta en sus cartas de la alta fortuna á que ha llegado. Una de ellas comienza por este preámbulo: «Yo, Mercadier, servidor de Ricardo, ilustre y glorioso rey de Inglaterra, duque de Normandía y de Aquitania, conde de Anjou y de Poitiers, habiendo servido en los castillos del señor rey con tanta fidelidad como valentía, habiéndome siempre conformado con su voluntad y apresurado á poner en práctica sus órdenes, he llegado por esto á hacerme agradable y caro á un tan gran rey y he sido colocado á la cabeza de su ejército (*et eram dux exercitus ejus*).»

También Felipe Augusto tenía aventureros á sus órdenes. Dícese que daba á su jefe Cadoc mil libras por día y que le hizo entrega del castillo y señoría de Gaillon, una de las llaves de Normandía. A las bandas de mercenarios se añadía la escolta permanente de Felipe,

compuesta de caballeros asalariados y fieles, como el célebre Guillermo de Barres. Pero la figura militar más curiosa entre los franceses era la de un obispo, acostumbrado á manejar más que el báculo la espada: Felipe de Dreux, primo hermano del rey.

Obispo de Beauvais, á los veintidós años, se pasó la vida recorriendo los campos de batalla y los lugares de peregrinación. En 1178 se le encuentra en Tierra Santa; en 1182, en España, en Santiago de Compostela; en 1188 toma parte en la guerra contra Enrique II y dirige un ataque sobre Normandía, donde roba, degüella, incendia, y de donde vuelve cargado de inmenso botín. En la tercera cruzada se encuentra entre los que sitian á San Juan de Acre. Al mismo tiempo que se bate contra los infieles, se mezcla á todas las intrigas que tenían por objeto substituir por Conrado de Monferrat á Guido de Lusignán. Figura entre los embajadores de Felipe Augusto que impetran de Enrique VI la permanencia en la prisión del rey Ricardo. Su diócesis, situada en la frontera de Normandía, era base de operaciones cómoda para las incursiones en el ducado. Con su archidiacono, un clérigo de su especie, Felipe de Dreux dirige por sí mismo las hordas encargadas de pillar y de incendiar en el país enemigo.

Felipe Augusto había dado á Juan *Sin Tierra* Evreux defendido por fuerte guarnición. Apenas apareció Ricardo en Normandía, aterrorizado Juan, le entregaba Evreux después de haber degollado á los soldados del rey de Francia. Guillermo *el Mariscal* cuenta de este modo la entrevista de los dos hermanos: «En Lisieux, detúvose Ricardo para comer y dormir en casa de Juan de Alençon. Después de la comida quiso descansar un poco, pero lo preocupado que le tenía el sitio de Verneuil se lo impidió. Y he aquí que entra Juan de Alençon, afligido y ensimismado de semblante. «¿A qué viene esa cara?, le dice el rey. Has visto á mi hermano Juan: no mientas. Se equivoca al tenerme miedo. Que venga á mí sin temor. Es mi hermano. Si es verdad que se ha conducido locamente, no he de reprochárselo. En cuanto á aquellos que le tentaron, ó han encontrado ya su recompensa, ó la encontrarán más tarde.» Juan fué conducido á la presencia de Ricardo. Se arrojó á los pies de su hermano, que lo alzó con bondad, diciéndole: «Juan, no me temas, eres un niño y te han guardado mal: los que te aconsejaron encontraron su merecido. Levántate y siéntate á comer.» Y dirigiéndose á Juan de Alençon, «¿Qué hay para comer?», le preguntó. Trajéronle entonces un salmón como presente. Ricardo lo hizo condimentar y cocer en seguida para su hermano.»

Desde 1194 á 1196 las operaciones militares 1194 tuvieron por teatro la Normandía y el Berri: serie no interrumpida de sitios, de tomas de ciudad y de convenios sin consecuencia. El francés y el inglés van como una lanzadera de la región del Epta y del Sena á la del Loira, el Cher y el Indre. Son arrebatados el Vaudreuil, Verneuil, Dieppe, Arques, Nonancourt, Issoudún. Pero, bien pesado todo, la ventaja es de Ricardo. Consigue guardar en su poder Evreux, volver á conquistar Loches, y logra causar á Felipe, sorprendido en la selva de Freteval en el Vendomois, una de las derrotas más humillantes, ya que el rey de Francia perdió en la refriega sus bagajes, uno de sus tesoros y sus archivos (3 de julio de 1194). Por su diplomacia y sus alianzas

correspondía también á Ricardo la superioridad. Enrique VI y todos los príncipes alemanes se habían declarado por el rey de Inglaterra. El emperador anunciaba que iba á apoderarse de la ribera derecha del Ródano: hablaba de extender la soberanía imperial á todo el reino de Francia.

Así las cosas, súpose que los cristianos de España estaban amenazados de una invasión africana. Papa, obispos y monjes se interpusieron entre los beligerantes. Felipe y Ricardo estaban á punto de comenzar una acción sobre los muros de Issoudún (diciembre de 1195). En lugar de batirse, firmaron un armisticio, muy pronto transformado en tratado de paz. El tratado de Gaillon dejaba á Felipe Augusto una pequeña parte de sus conquistas, Gisors, el Vexin normando, Nonancourt, Paci-sur-Eure y la soberanía de Auvernia, pero le arrebató el Berri aquitano, Issoudún y Graçai. Esta combinación impuesta por los mediadores no satisfizo á ninguno de ambos reyes. En el verano de 1196 volvió á comenzar la guerra.

¿Quién era responsable de la violación de la paz? Felipe, dicen las crónicas inglesas, por su agresión injustificada contra la ciudad de Aumale. Ricardo, afirman los franceses, porque aprovechó la suspensión de hostilidades para construir un castillo en la frontera del ducado normando. Con efecto, había escogido, para erigir una fortaleza, una maravillosa situación en el sitio en que el Sena hace un recodo, cerca de Gaillon, y en que el valle de Andelis rompe la línea de ribazos que bordean el río. El castillo Gaillard se levanta, pues, á más de cien metros sobre el nivel del río, en un promontorio aislado, admirablemente dispuesto para la defensa. Con sus enormes fosos, tallados en la peña, su triple recinto, sus murallas de un grueso de cinco metros que descansan en la peña viva y su torreón de veinte metros de circunferencia, la fortaleza, por sí misma, parecía inexpugnable. Además estaba protegida por un enjambre de pequeñas fortificaciones que aprisionaban el río, cubrían Ruán y hacían imposible la entrada de los franceses en Normandía (1196).

El 19 de mayo de 1197 entra Mercadier en el Beauvais y sitia el castillo de Millí, propiedad del obispo Felipe de Dreux. Este pone inmediatamente sobre las armas á los burgueses de Beauvais, les añade unos cuantos caballeros, y seguido siempre de su archidiacono, se presenta al enemigo. El obispo y el archidiacono, «el hombre de las antífonas y el hombre de los responsos», caen prisioneros de Mercadier, que los entrega á Ricardo. Este los carga de hierros y como prisioneros vulgares los hace encerrar en el castillo de Ruán.

Los cronistas ingleses acribillaron de epigramas á ese prelado con casco y coraza. «Tenía, dijeron, lo que merecía.» Pero la opinión cristiana no toleraba completamente que un obispo, por guerrero que fuese, se viera encadenado y cautivo como un criminal vulgar. Los clérigos de Beauvais impetraron caridad de Ricardo, que les respondió: «Cuando á mi regreso de Oriente vine á caer prisionero del emperador, fuí al principio, y gracias á mi dignidad real, tratado dulcemente y con los honores debidos. Pero vuestro obispo llegó una tarde, y á la mañana siguiente la mano imperial se hizo pesada sobre mi cautividad, porque él lo había concertado así

con el emperador, y pronto me vi cargado de más hierros que podría soportar un caballo ó un asno. Juzgad qué tratos merece de mi parte quien supo de antemano procurármelos parecidos.» La vieja reina Alienor y el papa Celestino III intervienen á su vez, pero Ricardo permanece inflexible. Una tentativa de evasión no dió más resultado que hacer trasladar al prisionero á un antro del castillo de Chinón, donde fué tratado todavía más rigurosamente. Y sólo seis meses después de la muerte de Ricardo logró salir de allí, indultado por Juan *Sin Tierra*, con otros muchos prisioneros. Y todavía hubo



Barón en traje de guerra, de fines del siglo XII

de pagar 20.000 marcos y jurar solemnemente, ante el legado del papa, que no volvería á derramar más sangre cristiana.

Mientras tanto Ricardo negociaba con el alto feudalismo francés. El nuevo conde de Flandes y de Hainaut, Balduino IX; el conde de Bolonia, Reinaldo de Dammartín; el conde de Blois, Luis, y el conde de Tolosa, Raimundo VI, se pasaban al enemigo. En junio de 1196 el conde de Flandes y el conde de Bolonia se encontraban todavía en Compiègne, entre la corte de Felipe Augusto, y le hacían juramento de ayudarle por y contra todos «como fieles vasallos.» Un año después todo había cambiado. Una carta del rey de Francia (agosto de 1197), dirigida al capítulo de Nuestra Señora de Reims, tiene por objeto obtener el envío de hombres á Peronne contra el conde de Flandes. Los flamencos no perdonaban al rey de Francia la conquista del Artois y el Vermandois, que desmembraba el dominio de Felipe de Alsacia. Los intereses de su industria y su comercio aconsejaban una estrecha unión con Inglaterra. Finalmente, el joven conde de Flandes no podía olvidar que Felipe Augusto le había obligado á pagar para su advenimiento un importante pleito vasallaje, olvidando devolverle, á despecho de su promesa, una parte del Tournaisis.

La coalición de 1197 cobró un aliado nuevo cuando, después de la muerte del emperador Enrique VI, Otón de Brunswick, sobrino de Ricardo, sostenido por los